La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 36 – 6 de marzo de 2018

Las dos cruces

Manuel Parra Celaya

No hablemos de una deriva actual, sino de una historia muy prolongada, al referirnos a la ferviente inclinación de una parte del clero en Cataluña, jerarquías incluidas, a favor de los afanes y esfuerzos separatistas. Los que tenemos ya cierta edad recordamos aquellas épocas, bajo el franquismo, en que el sediciente nacionalismo se bautizaba, crecía y se divulgaba al amparo de las sacristías y en los grupos juveniles parroquiales. Y, si echamos mano de las hemerotecas eclesiales, podremos leer, en la transición, homilías y cartas obispales casi incendiarias en el mismo sentido.

En este número:

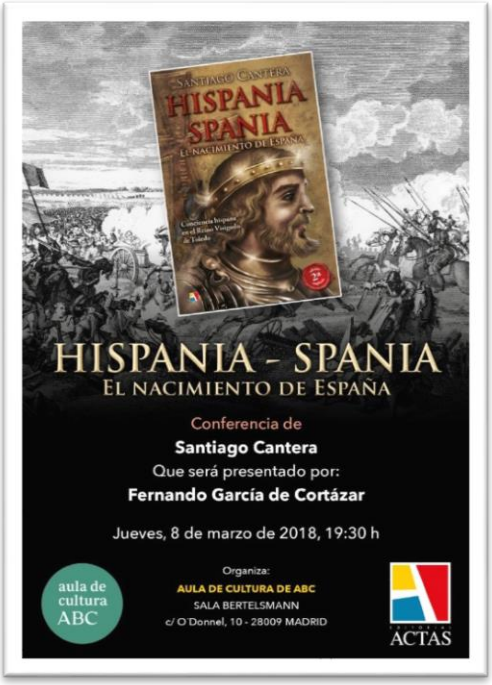
- **Las dos cruces**, *Manuel Parra Celaya*
- **Pancho Cossío, pintor falangista,** *José Mª García de Tuñón Aza*
- **Muere Antonio García Trevijano, el hombre que sabía demasiado,** *Hermann Tertsch*
- **Libertad de expresión y ley del embudo,** *Roberto Blanco Valdés*
- **Barcelona la hipócrita: desmemoria histórica selectiva,** *Javier Barraycoa*
- **Tiempos modernos,** *Ángel Pérez Guerra*
- **Despilfarro,** *M.Blasco*

Así que no nos pilla de nuevo la situación actual, en la que, sin necesidad de disimulos, subterfugios ni camuflajes, clérigos, diáconos, obispos, abades y abadesas se alinean en el bando secesionista, con total desamparo espiritual (es un decir) de más de la mitad de los catalanes, los que reivindicamos que la catalanidad es *la forma más bella y difícil de ser español*, como dice un gran amigo.

Viene todo esto, sobradamente conocido, a cuenta de que se acerca la fecha en que los contribuyentes tienen ante sí la opción de marcar con una cruz su ayuda a la Iglesia Católica en su declaración de la renta. Varios conocidos y familiares ya me han manifestado que, por primera vez en su vida de tributarios al erario, la casilla de marras se va a quedar en blanco, como protesta por la actitud de ese sector de los pastores y por natural desconfianza a que los fondos vayan destinados a acrecentar los recursos de quienes siguen empecinados en fraccionar España y aupar quiméricas repúblicas catalanas, y que sirvan, por ejemplo, para pagar las *tournées* de Puigdemont o de Anna Gabriel.

Coincido totalmente en cuanto a las actitudes de protesta y de desconfianza, pero discrepo en cuanto al procedimiento, y voy a dar mis razones. En primer lugar, dichos obispos, sacerdotes, diáconos, etc. *no son la Iglesia Católica*; en todo caso, serían *una parte* de esa Iglesia que, además de ser santa por inspiración del Espíritu, es pecadora por estar administrada por simples mortales, sometidos a la acción del Mal, encarnado en la División.

División, sí, no solo de España y de la sociedad catalana, fragmentada y enfrentada (como me dicen que ha reconocido el propio Oriol Junqueras desde Estremeras), sino de los católicos de Cataluña. Esta es la cruda realidad: los creyentes de esta parte de la Piel de Toro estamos divididos. A un lado, quienes nos sentimos católicos sin fisuras, es decir, *universales*, bajo la guía de un único Pontífice, ese que, tras el 1-0, desautorizó firmemente el *procés* y, según informaciones, prohibió al obispo Omella seguir ejerciendo de *mediador*, que, en lenguaje popular, se llama templar gaitas.



Al otro, quienes convirtieron la casa de Dios en local electoral, en sanctasanctórum de urnas espurias, mientras se celebraba el sacrificio de la Misa; quienes cuelgan lazos amarillos y *esteladas* de los campanarios; quienes convierten las homilías en mítines de lenguaje edulcorado y falaz; quienes desde los colegios supuestamente católicos colaboran en envenenar con sus prédicas a niños y jóvenes.

A un lado estamos quienes tenemos que escoger cuidadosamente la iglesia donde acudimos el domingo o el confesor que nos absuelva de nuestras faltas, para rehuir la manipulación desde púlpitos y hábitos. Al otro, los que utilizan espacios sagrados para verter sus ideas políticas, confundiendo churras con merinas y, de paso, a los fieles.

De hecho, se ha producido un cisma en el seno de la Iglesia en Cataluña, esto es, una separación de obediencias. Y los de este lado de la raya no podemos caer en la trampa.

Me siento profundamente solidario con la Iglesia Católica (repito, universal); con sus misioneros en lugares donde reina la pobreza, la miseria y el caos, y que arriesgan sus vidas; con los perseguidos y asesinados en tierras donde el yihadismo impera; con los otros misioneros, los de aquí, donde la opulencia ha llevado al materialismo y al nihilismo; con las monjitas entregadas a la vida consagrada, que cumplen el ora et labora y no viajan a Bruselas para hacerse fotos con un prófugo de la justicia española; con esos sacerdotes de pueblo que tienen que recorrer muchos kilómetros para atender a parroquias sin titular; con los seminarios desiertos o casi vacíos, porque los obispos del lugar ejercen de Richelieu y no de Cisneros.

Y esa solidaridad es la que me llevará a marcar con una cruz la casilla de la Iglesia Católica en mi declaración de la renta, y a hacer un corte de mangas al sector cismático, que se empeña en ponerme la cruz de las dudas sobre mi pobre conciencia.

Ojalá algún día ese clero separatista tome una decisión valiente: cumplir con la labor pastoral y sagrada para la que fue ordenado (*Id y predicad el Evangelio…*) o pedir las correspondientes dispensas y seguir actuando, como ciudadanos de a pie, como vocingleros de la mentira nacionalista.

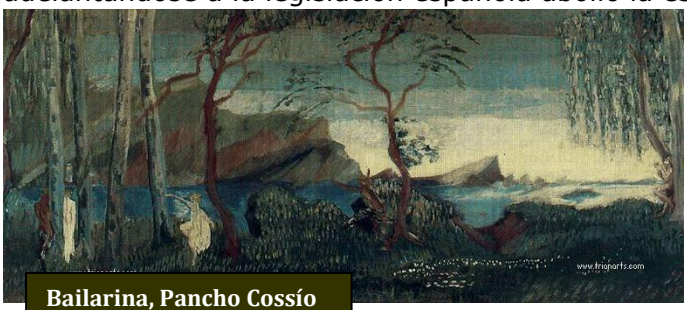
Pancho Cossío: pintor falangista

José Mª García de Tuñón Aza

Daniel Vázquez Díaz llamado el «pintor de la Hispanidad» porque nadie como él dedicó tanto su paleta a las figuras de la gesta americana, escribió un día que si alguna vez le pidieran el nombre de un pintor español vivo de su preferencia daría el de Pancho Cossío. Estas fueron sus palabras: «¿Podría hablar de Picasso, cuyo nombre centra tantos y tan grandes apasionamientos? No, Picasso, más que español es del mundo. Más que un pintor es un mito, aunque sea un extraordinario pintor. Habría que nombrar a un artista que viviera en

España, que tuviera una proyección más española. Ni Picasso, ni Miró, ni Dalí están dentro de estas premisas, aunque sean españoles. Por su gusto, su personalidad, su transparencia, su finura expresiva, quizá daría el nombre de Pancho Cossío, mi admirado y querido amigo».

Francisco Gutiérrez Cossío nació el 20 de octubre de 1894, en San Diego de los Baños, aldea de Pinar del Río (Cuba) cuando allí estaba a punto de apagarse el viejo sol hispano, la tierra que produce el mejor tabaco del mundo, esa hoja inimitable en torno a cuyo comercio se centraba, por aquel entonces, la actividad del padre del pintor, el cántabro Genaro Gutiérrez y Gutiérrez, que procedía de familia campesina, que junto con su esposa Casimira Cossío Mier, cántabra también y de familia hidalga, habían emigrado a Cuba, donde Genaro ya había estado, acompañados de todos sus hijos, cinco en total, haciendo Pancho el número seis. Dicen las crónicas de aquella época que Genaro Gutiérrez llegó a ser alcalde de Pinar del Río y que adelantándose a la legislación española abolió la esclavitud entre sus trabajadores.



Bailarina, Pancho Cossío

Nace, pues, Cossío a las puertas, y en el epicentro mismo, del desastre colonial que habría de marcar a fuego a toda una generación de intelectuales españoles: Miguel de Unamuno, Pío Baroja, los hermanos Machado, Ramiro de Maeztu, Valle-Inclán, Azorín. Toda la tierra de España ha sido poéticamente transfigurada en el ensueño de la generación del 98, dice Laín Entralgo, quien además añade: «La tierra de España es una y diversa, uno y diverso es también su trasunto literario. Le dan unidad y centro los llanos y las sierras de Castilla, a la que todos cantan: la Castilla áspera y delicada que han elevado a mito español los hombres del 98. Le regalan contorno y diversidad las regiones que en torno a ella tejen una corona verde, dorada y gris: verdes lomas de la Vasconia de Unamuno y Baroja: verdes prados de la Galicia de Valle-Inclán; oro lejano de la Andalucía de Machado; verdes intensos, delicados amarillos, grises múltiples del Levante de Azorín. Sobre este mosaico maravilloso descansa el ensueño de una vida de España».

En 1896 al estallar la guerra por la Independencia, la región donde toda la familia Gutiérrez-Cossío vivía, es tomada por el guerrillero Quintín Banderas que era conocido por su crueldad hacia los españoles; Pancho Cossío, sin embargo, dice de él que «era un caballero. En mi casa siempre se le ha recordado con admiración y cariño. La cosa fue por esto: Mi padre se adelantó haciendo una alcaldada a dar la libertad a los negros. A mí me mecieron negras libertas que se quedaron en casa a sueldo, como las sirvientas de hoy». Efectivamente, estas medidas abolicionistas que en su día había tomado el padre del pintor hacen que el guerrillero tenga la deferencia de facilitar la salida de toda la familia de la isla de Cuba. Primero viajan los dos hijos mayores y más tarde el matrimonio con sus otros cuatro hijos. Su destino sería España, y dentro de España el pueblo Renedo de Cabuérniga, en Cantabria, donde vivirían hasta 1909 en que se trasladan a Santander después de haber perdido el matrimonio a sus hijos Genaro y Juan fallecidos unos años atrás. En esta última ciudad, Cossío empieza los estudios de Comercio que muy pronto abandonaría para comenzar con sus primeras clases de dibujo con el pintor santanderino Francisco Rivero, produciendo este cambio un gran disgusto en su padre quien llegó a decir: «Si el chico quiere ser un desgraciado, ¿qué le vamos a hacer?». Pero el propio pintor justificaba su cambio de estudios al periodista Tico Medina con estas palabras: «Soy pintor porque soy cojo..., porque ya de pequeño me pusieron para que me entretuviera los pinceles en la mano..., porque mi primer regalo de niño inútil fue una caja de lápices de colores...».

Cuando Cossío llega a Santander ésta era una ciudad con cierto aire burgués con sus tertulias de café y sus animados veranos donde la lluvia aparecía algunos días como algo natural en todo el norte de España. El pintor hace algunos viajes a Madrid y asiste a tertulias generalmente compuestas por intelectuales que lo consideran y admiten. Conoce al mecenas Alfonso Olivares, propietario de una importante colección de cuadros y entre ellos uno del propio Pancho Cossío de su época parisina. En el taller de Olivares se encuentra con Federico García Lorca a quien muy

posiblemente ya conocía si nos atenemos a la carta que en 1926 el poeta escribe al músico Manuel de Falla: «...han ido también los jóvenes pintores Bores y Cossío…». Conoció al pintor, miembro de Falange, Ponce de León, que colaboraría en el Teatro Universitario La Barraca, dirigido por Lorca, «realizando decorados». Conoció también a Ramiro Ledesma Ramos, muy probablemente en la tertulia del *Café del Norte* donde el fundador de las JONS solía reunirse con Emiliano Aguado, Santiago Montero, Juan Aparicio, Jesús Ercilla, Javier Martínez de Bedoya, Francisco Bravo, Lorenzo Puértolas..., hombres de toda clase y condición atraídos por la llamada revolucionaria. También acudiría a la tertulia de *La Ballena Alegre*, donde entabla amistad con José Antonio Primo de Rivera que le llevaría al falangismo y a quien pasado los años le haría tres magníficos retratos, pintados al óleo, dos en 1943, hoy en el Museo de Bellas Artes de Santander, y otro en 1946 por encargo del Ayuntamiento de Torrelavega quien al mismo tiempo encargó otro de Francisco Franco, «personaje no precisamente grato a Cossío», y al que el pintor en una carta que escribe a sus hermanas el 14 de abril de 1956 llamaba «Paco el calvo». Los primeros cuadros del fundador de Falange han sido considerados por un crítico como «la más honda y emocionante interpretación plástica de la figura de José Antonio». Pintaría también a Ramiro Ledesma Ramos en 1945, retrato depositado «en los almacenes del Museo Nacional Reina Sofía», y a Onésimo Redondo sin que ninguno de sus biógrafos nos diga dónde puede estar este retrato que hace años estuvo colgado en el Colegio Menor Onésimo Redondo de Valladolid. En *La Ballena Alegre* conoce también al poeta y escritor falangista José María Alfaro que lo recuerda años después: «Cossío era un hombre de fidelidades. Lo fue al recuerdo de aquel París de cafés y pintores –ya para entonces presididos por el ojo inquietante y avizor de Picasso–, como lo había de ser a las olas y a las tormentas cantábricas, a las pausas socarronas de su ancestral valle de Cabuérniga, al Santander provincial y aventurero de sus años mozos y a la figura y los nobles anhelos de José Antonio Primo de Rivera».

Ramiro Ledesma Ramos, Pancho Cossío

Muere Antonio García-Trevijano,

el hombre que sabía demasiado

Hermann Tertsch *(ABC)*

Eran las once en esta noche de perros cuando sonó el teléfono, vi en la pantalla quién era y me pregunté qué querría Antonio García-Trevijano a esas horas. No era él sino su fiel ayudante Elena que me anunciaba que el maestro, como le llamaban y seguirán llamando sus muchos discípulos, acababa de morir. Por complicaciones con el implante de un catéter. No se puede improvisar de madrugada la necrológica de un coloso, de un hombre completo como surgen muy pocos en una nación en un siglo. Hoy la mayor parte de los españoles apenas conocen la figura de este inmenso intelectual y pensador, pero también hombre de acción que tuvo inmensa relevancia en esa transición política española tan manoseada y usurpada tantas veces por personajes menores.

Antonio Garcia-Trevijano Forte, nacido en Granada el 18 de julio de 1927 en una familia de juristas, funcionarios e intelectuales, estudió Derecho, aprobó notarías en cinco meses por tranquilizar a su padre y se lanzó a una vida trepidante y fascinante, merecedora de decenas de ensayos, biografías y novelas. Lo leyó todo, lo conoció todo, lo viajó todo y como abogado ganó fortunas. Pero su pasión eran el pensamiento político y España. Jugó un papel tan importante en los años del tardofranquismo y transición que nadie quiere recordarlo. Ha pasado cuarenta años en el ostracismo por ser el hombre que sabía demasiado. Desde su papel como hombre de

confianza de Don Juan desde Estoril, su trato con el Rey Juan Carlos desde épocas de la Academia Militar de Zaragoza, su liderazgo en los planes primero de crítica y oposición real al régimen de Franco y después en la transición elegida. Creó la Junta Democrática de España, protagonizó su fusión con la Plataforma de Convergencia Democrática para la Platajunta. Redactó un proyecto rupturista de Constitución y fracasó al ser arrollado por las fuerzas reformistas. Todos se conjuraron contra él tras el pacto de Adolfo Suárez con Santiago Carrillo y Felipe González y lo metieron en la cárcel de Carabanchel para que no entorpeciera los pactos. Estuvo en la operación del diario *Madrid*. Y pudo haberse quedado con *El País*, cuyos directivos lo consideraron siempre el enemigo número uno. Como los servicios de información de Carrero. Para la CIA era «Maverick», la única oposición real y seria al franquismo.

Antonio García Trevijano

No se dio por vencido tampoco tras su derrota en la transición. Tuvo un papel clave como jefe del llamado «sindicato del crimen» en la caída de Felipe. Escribió algunas de las obras más importantes de pensamiento político publicadas en lengua española. Y muchos de nuestros males serían menores de habérsele hecho un poco de caso. Con una cultura enciclopédica, hacía vida de sabio patricio, marginado por la España oficial y admirado por un sinfín de estudiosos e intelectuales. Su legado además de sus libros y una vida arrolladora llena de fuerza, espíritu y tesón creador es el Movimiento de Ciudadanos hacia la República Constitucional (MCRC), que pretende reformar el régimen de la partitocracia a una democracia representativa. Su 90 cumpleaños, celebrado por un nutrido grupo de admiradores suyos en Santo Domingo de la Calzada el pasado verano, resultó ser su gran despedida de un mundo en el que pudo serlo todo de haber querido comerciar con sus ideas. Republicano combativo como era, con serios desencuentros con Juan Carlos I, queda en la memoria su precioso llamamiento al Rey Felipe VI a ponerse enfrente de la manifestación de la Nación para salvar la Corona y a España ante la amenaza separatista. Descanse en paz un grandísimo español al que la patria no correspondió su inmenso amor desplegado.

Libertad de expresión y ley del ambudo

Roberto Blanco Valdés *(La voz de Galicia)*

Acababa el año 1896. La noche del 10 de diciembre, en el parisino Théâtre Nouveau, el actor Fermin Gémier salió a escena representando el papel del Ubu rey nacido de la pluma de Alfred Jarry y pronunció, en medio de un silencio sepulcral, una palabra: «Merdre» («Mierdra»). Su provocación, hoy casi infantil pero terrible en su momento, marcó el inicio del teatro de vanguardia. Poco después, en 1917, Marcel Duchamp hizo lo propio con las artes plásticas al presentar a la muestra que la Sociedad de Artistas Independientes organizaba Nueva York su obra *La Fuente,* desde entonces celebrada y celebérrima, que era en realidad un urinario. Las provocaciones de Jarry y de Duchamp, como las de tantos otros creadores que tras ellos revolucionaron no solo el arte sino también el mundo, tenían algo en común que merece la pena destacarse para entender mejor la polémica que sobre la libertad de expresión artística vivimos en España: que no se dirigían contra una persona o un grupo concreto de personas y, por tanto, solo podían ofender a quienes sentían vulnerado el sentido del orden y la estética entonces dominante. Nada que ver desde luego con un montaje en el que se considera presos políticos a quienes están siendo investigados por presunta rebelión o fueron procesados por agredir a unos guardias civiles por el

Esta es la obra de arte rupturista de Santiago Serra

mero hecho de serlo o a una señora embarazada por no cerrar su comercio y sumarse a una huelga.

Y ello en un país democrático donde existen todas las garantías jurídicas propias de un Estado de derecho. Estoy convencido de que la retirada de Arco de la obra de Santiago Serra, políticamente tan provocadora como artísticamente irrelevante, ha sido un grave error. Pero tengo pocas dudas de que muchos de quienes han elevado su airada voz como protesta exigirían sin dudarlo que fuese censurada una obra similar en la que se homenajeara a Tejero y compañía. Por algo incomparable –la foto de un torero– impidió colocar una lona publicitaria, siendo ya alcaldesa, la inefable Ada Colau. Por lo demás, si un rapero es condenado por cantar canciones haciendo escarnio de las víctimas de ETA es que en España está en peligro la libertad de expresión, aunque a nadie en su sano juicio se le ocurriría sostener tal disparate si las víctimas objeto de escarnio lo fueran las de la repugnante violencia machista por ejemplo. ¿Es que unas merecen menos respeto o menos protección frente al delito de odio que las otras? Al parecer sí.

Al parecer hay mucha gente en España que entiende la libertad de expresión –artística o no– como la de aquellos que piensan como uno, de modo que la censura solo existe cuando se dirige contra ellos. Algunos –me temo que menos cada vez– partimos de un principio opuesto totalmente: que solo defendiendo el derecho a expresarse de aquellos de quienes discrepamos es posible defender la verdadera libertad. Es decir, la de todos los que, en democracia, ejercen su derecho a expresarse sin más límites que el imperio de la ley.

Barcelona la hipócrita:

desmemoria histórica selectiva

Javier Barraycoa *(El Muro del pueblo español)*

Éramos pocos y parió la burra; en este caso Ada Colau, alcaldesa de Barcelona. El Ayuntamiento de Barcelona ha decidido que, el próximo 4 de marzo, sea retirada la estatua de Antonio López López, primer marqués de Comillas, sita en la plaza homónima de la Ciudad Condal. La motivación de dicha retirada se debe a la acusación –más que comprobada– que se cierne sobre el Marqués de Comillas de haber realizado parte de su fortuna gracias al comercio de esclavos. Por cierto, la escultura irá a hacer compañía a la ecuestre de Francisco Franco en el Museo de Historia de Barcelona.

Siendo sinceros, la inmensa mayoría de personas que transitan por ahí todos los días, no tienen ni idea quién fue Antonio López, y les importa un comino pues ni se fijan en la escultura. Excepto a las palomas que habitualmente se posan sobre su testa, el monumento sólo parece preocuparles a los cazadores de incorrecciones políticas. Sí, Antonio López fue negrero, y su hija primogénita se casó con el industrial Eusebio Güell, primer Conde Güell. La unión de estas sagas impulsó muchos de los grandes monumentos modernistas de Barcelona, Palacio Güell hasta el Parque Güell. Antonio López y su familia de la rama de los Güell, acogieron y patrocinaron a la flor y nata de la «renaixença» catalana, empezando por el mecenazgo sobre Mn «Cinto» Verdaguer, Gaudí, o las obras fundamentales de los arquitectos Martorell, Domènech i Montaner, o los mejores escultores del momento como los Llimona o los hermanos Vallmitjana. ¿Por qué no retiramos también todo ello de nuestra memoria colectiva?

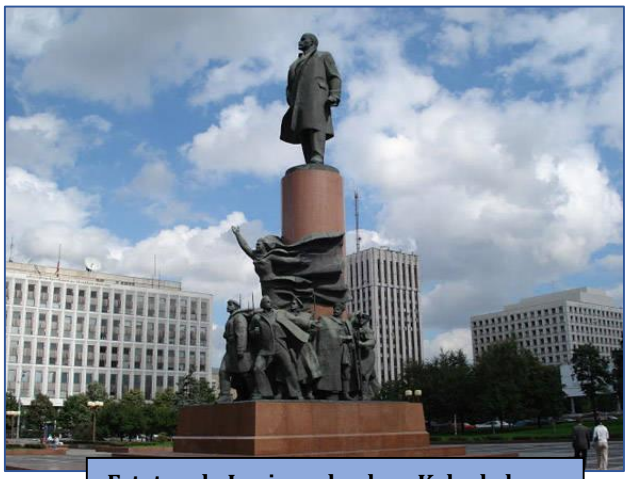
Retirada de la estatua de Antonio López, Marqués de Comillas, en Barcelona

El nieto de Juan López –Juan Antonio Güell y López– se codeó con la Lliga Regionalista de Cambó, igual que muchos descendientes de indianos y negreros. La Cataluña burguesa y catalanista

amasó grandes fortunas con la sangre de la esclavitud y –sin ella– no tendríamos esta Barcelona modernista –e hipócrita– ni una burguesía capaz de haber iniciado la aventura política del catalanismo. ¿Quién impulsó el gigantesco proyecto de la Vía Layetana (removiendo cientos de edificios medievales, para abrir la ciudad al mar)? o ¿quién patrocinó la Exposición universal de 1888 que dio a conocer Barcelona al mundo entero, sino Antonio López, el condenado en marzo a la defenestración? Un libro de esos que hacen pupa, fue el escrito en 2017 por Martín Rodrigo y Alharilla, y titulado: *Negreros y esclavos: Barcelona y la esclavitud atlántica*. Y ahí salen retratados todos. Hasta el tatarabuelo de Artur Mas que se enriqueció traficando con seres humanos.

Empecemos pues a realizar una eliminación sistemática del pasado que no nos gusta. Empecemos por las calles y obras de las famosas sagas indianas que levantaron la industrialización de Cataluña: los Vidal-Quadras, Goytisolo, Samà o Xifré. Retiremos la actual fachada de la Catedral de Barcelona que fue financiada por indianos muchos de los cuáles tenían esclavos en sus Ingenios cubanos. Echemos abajo el actual barrio gótico, ya que una parte de él fue artificialmente reconstruido en el primer tercio del siglo XX, gracias a los edificios medievales que el Ayuntamiento retiró de la Vía Layetana, a iniciativa de Antonio López. Dinamitemos los edificios modernistas del Parque de la Ciudadela y el Arco de triunfo de Barcelona, fruto del patrocinio de negreros para la exposición universal. Seamos sinceros y «auténticos». Fuera la hipocresía, no dejemos nada en pie. Ni siquiera los restos de la ciudad romana cuyas murallas se levantaron con el sudor de los esclavos que tenían subyugados los romanos.

Prohibamos el ron Bacardí, cuyo padre fundador fue el esclavista Facundo de Bacardí; o eliminemos los excelentes puros que salieron de las fábricas del negrero Jaime Partagás. Incluso podemos borrar de un plumazo La Caixa, en cuyos orígenes se llamaba Caja de Ahorros y Monte de Piedad pues uno de sus presidentes fue el inconmensurablemente rico, Josep Xifré Casas. Éste era negrero de profesión y unos de los grandes impulsores inmobiliarios de la Barcelona de la que somos herederos. Fundamos la estatua ecuestre del General Prim en el parque de la Ciudadela porque ordenó bombardear Barcelona con más entusiasmo que las tropas de Felipe V. O desvencijemos la plaza dedicada al Duque de la Victoria, que no era otro que Espartero. También un entusiasta de bombardear Barcelona desde Montjuic un poco antes que Prim. Pero a éste y a Prim se les perdona porque eran masones y habían derrotado al carlismo en los campos de batalla.



Estatua de Lenin en la plaza Kaluzhskaya

No, no hacemos apología ni de los negreros ni de la burguesía catalana que acabó derivando en catalanista. Sólo nos molesta la frivolidad de la ignorancia y el atrevimiento de los estultos. Sorprende visitar la Rusia postsoviética y encontrarse infinidad de estatuas de Lenin que nadie ha osado retirar. Y reconocemos que le encontramos un sentido. Los rusos, como tantos otros pueblos, saben que para subsistir, tienen que digerir su historia mal que les coja un corte de digestión. No tiene reparos en recuperar la memoria histórica de los zares y mantener las efigies de Lenin. Su propio himno es un intento de salvaguardar la música del himno soviético, con una letra adecuada a los nuevos tiempos. Un pueblo, una nación, un imperio, no puede permitirse el lujo de reinterpretar cada generación su pasado en función de intereses ideológicos dominantes en el presente pero efímero en el tiempo. Todo ello dinamitaría una conciencia nacional que debe asumir lo bueno y lo malo de la propia historia. Sólo así ésta es maestra y no instrumento de adoctrinamiento.

¿Acaso los padres de la patria americana y de su Constitución, como Jefferson, no tenían esclavos? ¿Acaso los primeros presidentes norteamericanos no poseían inmensas propiedades cultivadas por negros? ¿Acaso el Partido demócrata actual, sí el de Bill Clinton y Obama, no fue

el que dominó –a principios del XIX– en el sur americano y era ferviente partidario de la esclavitud? Imagínense que en Estados Unidos quisiéramos aplicar con rigor una ley de memoria histórica. No se salva ni el tato. De hecho, sin saberlo, ya han empezado a manifestar su declive al empezar a ceder a la corrección política. En los últimos tiempos han empezado a retirar estatuas de Colón o de generales sudistas, por ser «políticamente incorrectas». Sigo envidiando a los rusos y su capacidad por mantener ese difícil equilibrio histórico. Si a un padre de familia ruso, su hijo le pregunta sobre qué representa una estatua de Lenin, el padre podrá contestar según su criterio y conciencia. Pero si no existe ninguna estatua el niño nunca preguntará a su padre sobre la cuestión. No se pueden resolver los aciertos y errores del pasado, borrándolos según intereses sectarios.

Volvemos a Barcelona. Mientras en la Ciudad Condal se ha emprendido una cruzada contra la burguesía que erigió la ciudad de la cuál vivimos todos, gracias al turismo, tiene a bien poner a plazas y calles nombres como Carlos Marx: el padre de una ideología responsable del asesinato de cien millones de personas; o la Plaza de la república, que sólo en Cataluña y durante los años 1936 y 1919, se llevó por delante a 8.500 catalanes asesinados por las cunetas y las checas. No pasa nada. Se buscan recodos para poner nombres a calles dedicados a terroristas como Puig Antich, o magníficas plazas dedicadas a racistas como el Dr. Robert o paseos que entronizan el recuerdo de responsables de miles de asesinatos como Lluís Companys.

Es evidente que estamos ante un caso de desmemoria histórica selectiva y de un trastorno colectivo de la personalidad. Barcelona, la ciudad hipócrita por excelencia, quiere hacerse un lavado de imagen políticamente correcto. Los fariseos necesitan que el exterior de sus sepulcros apestados de herrumbre, luzcan blancos y democráticos; igualitaristas y multiculturales. Nada importa que de Barcelona surgieran negreros o los teóricos del racismo más radical, de toda España como Pere Rossell, diputado de la primera ERC. Unos se eliminan y otros se ensalzan.

Entre las propuestas para la nueva denominación de la plaza todavía dedicada a Antonio López, una merece especial atención: la del guineano Idrissa Diallo, un joven fallecido en un centro de internamiento en Barcelona en 2012. Si al antaño omnipotente y rico Antonio López, ya no lo conoce nadie, imagínense al pobre guineano. Pero da igual. La cuestión es hacernos creer que esta Barcelona, devoradora de cuerpos y almas, es la ciudad más chupi-guay del planeta tierra y que se erigió así misma gracias a la voluntad popular y la pureza democrática de sus gentes. Sólo que por culpa de unos negreros y burgueses explotadores, podemos gozar de uno de los mejores modernismos del mundo. Pero da igual. Somos hipócritas y ese pecadillo lo podemos obviar y hacer desaparecer.

Tiempos postmodernos

Ángel Pérez Guerra

El genio de Chaplin nos sirvió imágenes que explican la reticencia del cine mudo a incorporar el sonido, como aquellas de las cadenas de montaje para fabricación en serie donde la vida se reducía a una imitación de Sísifo apretando indefectiblemente, durante ocho horas diarias, la misma tuerca que siempre era una distinta. El actor tragicómico empleaba sus músculos –sobre todo faciales– para indicarnos con las piruetas y su propia reacción autoperpleja que la vida era ya suficientemente compleja y contradictoria pero que el hombre había sido capaz de darle la vuelta millones y millones de veces a la tuerca de hacerla, además de inexplicable, socialmente absurda.

Charlot en Tiempos Modernos

Me lleva a concluir tan enrevesada idea, que expongo venciendo el rubor que siento por saberla muy poco original, la experiencia de tratar –es un decir, porque son intratables– con las compañías telefónicas para intentar una huida imposible de los laberintos en los que nos sumergen sus políticas comerciales insaciables. Y si en vez de acudir a ellas por

cualquier vía intento informarme acerca de los intríngulis que rigen dichas estrategias, es peor, porque entonces la locura sube de grado y todo se hace demencialmente incomprensible. No es ningún secreto que, bajo esa capa de competencia, plagada de ofertas, subyace lo que en artículo reciente denominaba «loca carrera del mercado». Olvidé consignar que el modelo alternativo, el socialista, es infinitamente peor, si es que en estos entresijos es lícito hablar de proporciones sin fin; sería más respetuoso con la verdad hacerlo de proyectos inacabados.

Para hacernos más consuetudinarios, podemos bajar de escala, e intentar recorrer el camino que nos ha llevado hasta una ratonera como la de las actuales tarifas «telefónicas», en las que lo de menos es hablar a distancia, hecho que ha quedado barrido o atropellado por la velocidad de la luz que se mueve dentro de la fibra óptica. Pero hagamos un esfuerzo por volver a poner los pies en la tierra, como hacían las hermanas de Santa Teresa a petición suya agarrándole del hábito cada vez que se les escapaba levitando en el coro. Lo que está pasando en el momento de redactar no ya estas líneas sino esta línea en el panorama de las telecomunicaciones patrias es ni más ni menos que la manipulación política de nuestros más íntimos sentimientos, esos que ya vuelan a lomos del «wasap», en mi caso entre padres e hijos a decenas de miles de kilómetros de distancia. O más aún, viéndonos y oyéndonos por «Skype» y otras firmas que en su momento hicieron posible el sueño futurista de nuestra juventud periclitada. Dije en ese artículo ya citado que la vieja táctica capitalista de primero crear una necesidad y después explotarla estaba a punto de consumarse de una forma que nunca vieron los tiempos con el fin de la «neutralidad» (gratuidad) de Internet en su propia casa cuna (USA). Pero a una altura más modesta e inmediata, lo que tenemos encima en España es… chatatachán, tachán… la publicidad de RTVE. Sí, verán, los que tenemos memoria selectiva archivamos algunos datos que intuimos serán valiosos en el futuro para que no nos la den con queso. Es lo que me pasó cuando Zapatero –¡Oh, el inefable diosecillo tridentino (de tridente, claro) Zetapé!– eliminó la publicidad de la cadena pública nacional. A los cinéfilos nos hizo un favor, últimamente amortizado por el PP que ha intercalado «bocados» e incluso cortes de autopropaganda en las películas. Pero ¿lo hizo para beneficiar al telespectador, suprimiendo los incómodos paquetes de spots? Eso no estaba al alcance de la mente, más o menos perversa, del diosecillo. Lo hizo, como algunos, pocos, advirtieron enseguida, para beneficiar a los dos grandes grupos televisivos privados. ¿Y cómo compensó las pérdidas? Cargando a las compañías telefónicas un canon por el uso de frecuencias del espacio radioeléctrico para la red móvil.

Zapatero, el genio de la gobernanza

No acabó ahí la maniobra. No contento con ceder a las televisiones «libres» la parte de la tarta que hasta entonces había aliviado ligeramente las finanzas de la televisión y la radio gubernamentales, les otorgó nuevos canales para que se sirvieran de sus franquicias y duplicaran las marcas. ¿Era para apoyar a las empresas de televisión? No exactamente. Era el plan encaminado a copar todas las vías de adoctrinamiento del «estado».

El tinglado ha aguantado, a duras penas, hasta que las grandes telecos han decidido –al unísono– subir las cuotas unilateralmente y revistiéndolas de aumento de servicios no solicitados, como la televisión por plataformas de Internet y de pago. Que es lo que sin duda le ha sucedido a usted y también a mí. Es inútil que trate de frenar el exceso. Hay que pagar el monopolio ideológico del Gobierno –sea del color que sea– y no lo va a costear él, obviamente.

Retorno al planeta de los filósofos, que, como sabían los clásicos, es el verdadero: Nos han creado una necesidad, incluso afectiva, y ahora nos pasan una factura angustiosa para cualquier economía modesta. ¿Quién renuncia ya a hablar con sus hijos, viéndolos, o a ponerles un telegrama «gratuito» a cualquier hora y a cualquier lugar del mundo? Las personas normales estábamos contentas con esa facultad. ¡Y no queríamos más! Ni películas o series producidas por empresas en expansión ni leches fritas, que diría un castizo. Pero en este mundo postmoderno lo

que importa no es lo que convenga a las personas normales, sino a los gobiernos, que precisan de las empresas mediáticas porque necesitan los votos que éstas mueven.

Algo parecido previó Henry Ford cuando se le ocurrió diseñar el automóvil que podían comprar sus empleados, sus propios charlots robotizados que, a cambio de atornillar eternamente la misma pieza podían reunir el dinero suficiente, después de comer y dar estudios a sus hijos, para disponer de un utilitario, el legendario T. Que también –cada día soy menos integrista– ha contribuido a hacernos la vida más agradable, todo sea dicho.

Despilfarro

Los "embajadores" de la Generalitat vivían a cuerpo de rey y gastando millonadas

M. Blasco *(ESdiario)*

Con Junts per Catalunya y ERC enredados en un debate sobre si el preso Jordi Sánchez debe ser candidato a la investidura o no –Esquerra quiere a Oriol Junqueras–, este viernes trascendió cuánto se gastó el independentismo en 2017 sólo en internacionalizar el procés: 29 millones de euros.

La cifra salió de las arcas de la Consejería catalana de Asuntos Exteriores que dirigía Raúl Romeva y supone casi la mitad de los 64 millones de euros de presupuesto que tuvo ese año.

Según fuentes oficiales, solo 35 millones de ese presupuesto pueden justificarse como gastos corrientes de una Consejería que, además, había visto incrementado sus fondos exponencialmente: En 2011, su presupuesto ascendía a entre 11 y 12 millones de euros.

El Gobierno encontró en Asuntos Exteriores más resistencia que en ninguna otra consejería a la hora de aplicar el artículo 155. De hecho el diplomático que fue enviado a Barcelona a dirigir la intervención, Juan Fernández Trigo, llegó a tener que disponer de protección policial después de haber sufrido acoso en la calle.

Tras el cierre de las 11 delegaciones de la Generalitat que funcionaban como embajadas –entre ellas la de la hermana de Pep Guardiola– y el cese del delegado en Bruselas, ahora solo queda pendiente la liquidación del Consorcio de Diplomacia Pública catalán, conocido como Diplocat. Éste debe llevarse a cabo antes del 15 de abril, sin importar si antes hay un nuevo gobierno o no.

Embajada de Cataluña en Bruselas, donde estuviera la hermana de Guardiola

Diplocat ha sido un pozo sin fondo. Sólo el alquiler de su sede de 230 metros cuadrados en el 420 de la Avenida Diagonal de Barcelona cuesta 4.960 euros al mes. Además, al levantar las alfombras de Romeva se han encontrado gastos llamativos en algunas tarjetas de crédito que ya están en conocimiento de Hacienda.

En la delegación que sigue y seguirá abierta, la de Bruselas, los gastos son desorbitados. Tanto en el pago de las nóminas de sus 35 empleados como en el alquiler de la imponente oficina de 2.400 metros cuadrados, más grande que la embajada de España en Bélgica. Cuesta 900.000 euros al año.

Los alquileres de las embajadas cerradas no eran menos escandalosos. La de Estados Unidos, con 1,1 millones de euros al año, se lleva la palma. La de Francia ascendía a 895.000 euros. La de Ginebra, a 760.000. La de Italia, a 738.000. La de Austria, a 700.000. Las de Alemania y Polonia, a 500.000 euros cada una. Y suma y sigue.